

VIEJOS VERANEOS

por JOAQUIN M.^a DE NADAL

LOS QUE VIAJABAN

No todas las gentes tenían, del verano, análogo concepto. Para la mayor parte, el verano era la época del año propicia a la quietud y al descanso campestre — concepto estático —; para las otras, era el momento oportuno para viajar en busca de impresiones, de curaciones o de devaneos — concepto dinámico —. Los núcleos familiares se atenían al primero; las individualidades, al segundo. Esto era la regla general; pero ni faltaban familias que viajaran, ni individuos que diesen pasto a sus egoísmos quietistas bajo un toldo playero o a la sombra de los árboles de algún bosquecillo perdido en la ubérrima magnificencia de los viñedos de una masía o en los alrededores de una aldea casi ignorada.

Visiblemente, el movimiento de viajar, con el cansancio consiguiente, y las ventanillas abiertas al sahumiento del humo y de la carbogilla, no parece lo más apropiado para combinarlo con los calores estivales y las aglomeraciones propias de los meses de vacaciones; pero justamente eran estas vacaciones las únicas de que podían disponer los que viajaban y, por otra parte, sólo en verano estaban abiertos al público los grandes establecimientos termales cuyo tratamiento podía servir de razón, o de excusa, para aquellos viajes.

En los últimos meses de la primavera, veíanse concurridas las consultas de los médicos por la clientela rica y elegante que aspiraba a padecer, en grado mínimo, de una de aquellas enfermedades que podían combatirse con las aguas de tal o cual población en boga de elegancia. Y, los médicos, que no tenían especial interés en quedar mal con sus clientes, recetaban las aguas deseadas para aliviar dolencias que igualmente hubiesen podido ser combatidas con las de la «font del ferro», o de la Espluga de Francolí, o de Argentoña, o de Caldas de Bohí, o sencillamente, con las del pozo de «l'exida».

Y, previa la preparación conveniente, en casa del sastre de moda o de la modista de postín, empezaban a desperdigarse por Las Escaldas, o el Boulou, o La Prest, o La Bourboule, o Montdore, o Luchón,

o Royat, o Vichy, o Cauterets — lleno aun de los recuerdos de la «Reine Hortense», o de las excentricidades de Sara Bernhart, o de las aventuras de su pantera en libertad. Sin que faltasen ya los devotos de Baden-Baden o de Aix les Bains o de los incipientes Evian y Chatel Guyon.

Los que tales lujos se permitían, miraban de arriba abajo, con maniifiesta conmiseración, a los que se contentaban con frecuentar cualquier balneario nacional. Gesto sintomático, en este orden de cosas, el de un conocido droguero catalán, que ocupó en Barcelona situación aventajada, y hubo de encontrarse cierto día en el expreso de Francia con una madre y dos hijas que subieron al propio tren con mucho golpe de maletas y sombrereras.

Promediaba el viaje hacia la frontera, cuando, una de aquellas damas le preguntó si sabía a punto fijo en qué estación tenían que descender

cho, hasta que, finalmente, indicó una de ellas que creía recordar que les habían indicado que el nombre del pueblo era Flassá o cosa parecida:

— ¡Acabáramos! — exclamó el señor, con manifiesta impaciencia: — «Vostés per on preguntun és per Caldes de Malavella...»

— «Sí: Vichy Catalá...»

— «¡Jo no sé per on s'hi va.»

Vichy, el Vichy francés, el auténtico, el que conocía el droguero catalán, era el desiderátum, la Meca, el Paraíso de todos los burgueses que tenían cuatro pesetas. Los hígados de aquellos señores debían de estar muy mal, o sus bolsillos muy bien: el viaje a aquel establecimiento era el exponente de uno de estos dos extremos. Por esto, al leer en las noticias de sociedad, bajo el epígrafe «Viajes»: «Han marchado

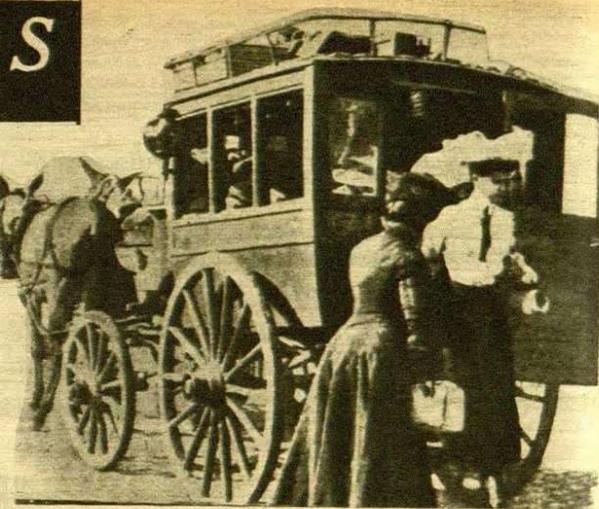


La hora del paseo, en los jardines del Vichy Catalán

para ir a Vichy. Deferente, el caballero fué pronunciando, en su mejor francés, los nombres de las distintas estaciones en donde podían encontrar enlace para dirigirse a la citada ciudad francesa. A cada nueva cita del personaje, replicaban la señora o las hijas que no era la estación que les habían di-

a Vichy... — y aquí toda una retahíla de nombres conocidos, aquellos que no podían permitirse tales lujos, lanzaban un envidioso suspiro que podía interpretarse: «¡Quién tuviese su hígado!», o que podía traducirse por: «¡Quién tuviese su libro de cheques!»

Vichy, además del cetro de la



El fueton, prelude obligado del viaje veraniego

moda y de las elegancias del momento, tenía dos atractivos extraordinarios: el juego y los joyeros. El juego, en su forma más vulgar y embrionaria de los «caballitos» o de «la boule», o en su forma más

vechaban la venta precipitada de las grandes joyas de las víctimas de la «mala racha».

El juego triunfaba en los casinos de las grandes ciudades balnearias, y aun no balnearias, y en nuestro San Sebastián se levantaba una de las timbas más renombradas de la época. No eran pocos los barceloneses — especialmente caballeros solos — que concurrían a la capital guipuzcoana. La presencia de la Corte, con el aditamento natural de los embajadores y del ministro «de Jornadas», proveía de excusas a muchísimos maridos. Ya, una vez allí, era difícil resistir la tentación del Casino con todas sus seducciones subsidiarias. Si el juego pintaba bien, no había problema: es muy fácil ocultar el dinero, y, más fácil aún, gastarlo; pero si el santo se volvía de espaldas y se requería envío de fondos para cubrir las infidelidades de las cartas, la cosa podía traer muchas complicaciones de tipo familiar... En este segundo caso, eran muchos los maridos, en plan de viudos, a los cuales «robaban la cartera» en San Sebastián. Cuando uno de estos percares era denunciado al gobernador civil de la provincia, sonreía maliciosamente y daba orden a la Policía de... no intervenir; ¡También él era casado y sabía lo que se hacía!... En Vichy, se dió una vez el caso de que eran catalanes los cuatro banqueros que presidían otras tantas mesas. ¿Qué tenía de particular que se perdiese alguna cartera?

— Cuando se terminaba la temporada de Vichy, nuestros paisanos no regresaban directamente a Barcelo-

científica del «baccarrat» o del «treinta y cuarenta», o en su forma menos leal: el «pócker».

Las señoras no concedían importancia al pasarse toda una tarde en la mesa de los «caballitos» entreteniéndose con las pequeñas diferencias que podía reportarles el juego de unos cuantos «luises». Tan poco pecaminoso lo encontraban, que yo he conocido a una gran dama que frecuentaba el Casino de



En más de un balneario, el recreo al aire libre consistía en la pista de patines, donde podían contemplarse inefables parejas como la de la foto

Biarritz, en cuya rulera jugaba a base de los mínimos tolerados. No obstante, algunas veces se dejaba llevar por momentáneos apasionamientos y cargaba fuertemente un número determinado. En tales circunstancias, mientras rodaba la bola, se santiguaba y musitaba entre labios una oración. Cierta día acertó a situarse a su lado un señor andaluz muy poco amigo de eufemismos y tapujos, y tan «fresco» que aseguraban sus amigos que si se colocaba junto a una foca, la constipaba... Cuando el caballero observó, por tercera o cuarta vez, la maniobra y los rezos de su vecina, le dijo con su claridad habitual, digna del «Diógenes» de «Pequeñeces»:

— Señora: o no juegue usted o no reze; porque, si juega, escandaliza a los que reza, y si reza, escandaliza a los que juegan.

En casa de los joyeros de Vichy, según aseguraban los que los frecuentaban, se podían hallar magníficas gangas, porque aquéllos apro-

na, sino que pasaban, primero, por París: ¡era su manera de perder las carteras!... Recorrían las casas de los modistos de fama; presenciaban desfiles inacabables de modelos y maniqués y, después, se marchaban al «Louvre», al «Printemps», al «Bon Marché» o a las galerías «Lafayette», en donde realmente efectuaban sus compras más importan-

DE UTILIDAD PRÁCTICA

PAL-LAS

DICCIONARI CATALÀ IL·LUSTRAT

El Diccionario Catalán PAL-LAS, obra del ilustre gramático D. E. Valls, es de fácil consulta y de gran claridad de exposición. Recoge en su parte primera y fundamental toda la riqueza léxica de la lengua catalana, con un depurado criterio de clasificación gramatical. El vocabulario moderno literario, libre de barbarismos, arbitrariedades léxicas, dialectismos y arcaísmos impropios del repertorio usual, se encuentra registrado y exactamente definido, tanto en sus diversas acepciones como en su función gramatical.

190.000 artículos • 1.500 grabados y láminas • 15.000.000 de letras.

Acompañan a las definiciones de los diversos sentidos de las palabras las equivalencias correspondientes en castellano, francés e inglés.

Complemento indispensable de dichas equivalencias son los VOCABULARIOS CASTELLANO-CATALÁN, FRANCÉS-CATALÁN e INGLÉS-CATALÁN, cuya utilidad es indiscutible. Finalmente, unas completas y cuidadas LISTAS DE VOCES GEOGRÁFICAS y PATRONÍMICAS — palabras que suelen presentar dificultades de orden ortográfico — redondean el interesantísimo conjunto léxico de esta obra.

PRECIO DE LA OBRA:

ENCUADERNACION CORRIENTE, en tela y oro:

Al contado, Ptas. 175.

A plazos, Ptas. 200. 8 plazos de pesetas 25, el primero con plaza reembolso

ENCUADERNACION ESPECIAL, con lomo de piel y títulos de oro de ley, soberbia presentación:

Al contado, Ptas. 220.

A plazos, Ptas. 250, o sea Ptas. 40 a reembolso y siete plazos de Ptas. 30.

Carta de pedido

LIBRERIA OCCIDENTE

P.º Gracia, 73. Barcelona

Muy Sres. míos: Ruegoles me remitan a la mayor brevedad un PAL-LAS, DICCIONARI CATALÀ IL·LUSTRAT, en encuadernación (1)

CORRIENTE que me comprometo a pagar (1)

ESPECIAL

AL CONTADO, Ptas. el 1.º de

A PLAZOS, Ptas.

Ptas. a la recepción de la obra, y

los restantes de Ptas. el día 1.º

de cada mes, hasta la completa liquidación — (1). Téchese lo no deseado.

Nombre y apellidos Firma

Edad Profesión

Domicilio

Población

Provincia

Recórtese o cópiese esta carta de pedido y remítase a **LIBRERIA OCCIDENTE** Paseo de Gracia, 73 BARCELONA